

VIII

Marcos Arróniz, Juan Díaz Covarrubias, Antonio Plaza, José Ignacio Rosas Moreno, Agustín F. Cuenca y Manuel M. Flores, son poetas que en el vigor de su edad desaparecieron, legando á México triunfos muy apreciables en la carrera del arte.

Hijos de una misma generación, todos ellos son recordados por sus compañeros que aún viven, lamentándose de su ausencia. Ninguno de estos poetas ha conocido la ancianidad. Muertos en el transcurso de los años de 1867 á 1885, cuéntanse entre los más distinguidos bardos que han levantado con sus esfuerzos la poesía mexicana y dádole esa

novedad y riqueza que continúan aumentando los más modernos.

El estudio particular de cada uno de ellos haría interminable esta obra que, como ya he dicho, no tiene por objeto una sucinta relación de todos los ingenios que se aplicaron á la poesía en México. Antes sí, de ocuparme del gran Acuña, quiero consagrar un capítulo á sus coetáneos los poetas nombrados anteriormente, y que han bajado á la tumba como él, cuando la gloria ceñía sus frentes con una corona, al mismo tiempo que el infortunio les apretaba con un cilicio.

¡ Desventurados poetas !

Marcos Arróniz y Juan Díaz Covarrubias antes de cumplir treinta años murieron asesinados; Antonio Plaza cayó estrangulado por la miseria y el vicio; José Ignacio Rosas Moreno, Agustín F. Cuenca y Manuel M. Flores, abandonaron el mundo tras dolorosas enfermedades y en la aflicción de espíritu más completa.

Arróniz, poeta melancólico, está retratado en el siguiente soneto dedicado á un ciprés:

Verdinegro ciprés ¡ mi árbol querido !
busquen, sí, los dichosos amadores
de la palma los ramos cimbradores ;
tú eres nomás del triste apetecido.

Nunca el ave en tu copa cuelga el nido,
ni la estación de céfiros y amores
una flor te regala de sus flores,
ni sus frutos Otoño enriquecido.

Cuando las auras de la noche giman,
cuando las aves de la noche lloren
y lánguida la luna raye el cielo,

Tus ramas á mi sien su sombra impriman,
mis cantos en tus tintas se coloren,
y el arpa te salude en sôn de duelo.

Altamirano decía de Arróniz: “ Ha empapado su poesía de la poesía de Byron. El gran poeta inglés es su modelo, su maestro, su favorito. Como él, era hermoso, enfermizo y excéptico ; como él, había amado mucho y sufrido tremendos desengaños ; como él, también manejaba las armas ; pero al contrario de él no amaba la Libertad ”.

Alude con esto Altamirano á sus ideas reaccionarias. En efecto, Arróniz, al contrario de la inmensa mayoría de los jóvenes inteligentes de su época, tomó partido en las filas

ultramontanas y combatió con ardor á los liberales de México hasta su muerte trágica y misteriosa en la campaña de Puebla.

Juan Díaz Covarrubias fué, á la inversa, sacrificado por los sicarios del entonces triunfante partido de Arróniz. Este joven médico se registra en la célebre *matanza de Tacubaya*, ordenada á sangre fría por Márquez, el abominable teniente de Maximiliano, que vive aún ocultando su vergüenza y los remordimientos de este crimen en una aldea de Cuba.

Díaz Covarrubias era de un carácter dulcísimo, y parece que hubiera presentado su fin, cuando años antes cantando á una *ave muerta* terminaba de la siguiente manera :

Esa es la vida... lágrimas... martirio,
la muerte en la esperanza y la alegría,
el llanto tras el goce y el placer ;
rápida exhalación que brilla y muere,
fugaz recuerdo en corazón de niño,
constancia del amor de una mujer.

Nube de estío que disipa el viento,
fugaz arroyo que se va sonriendo
á perderse en las ondas de la mar ;
juramento de amor en una orgía,

esperanza final de un moribundo,
postrer rayo de luz crepuscular.

¡ Ay ave ! sin llevarme ni un recuerdo,
tal vez llorando moriré mañana,
huérfano y despreciado como tú ;
tal vez ni me darán vago suspiro
y sólo algunas flores solitarias
de mi sepulcro alfombrarán la cruz !

Antonio Plaza fué lo que se llama un rebelde á la sociedad. Su talento grandísimo no le sirvió más que para ahondar la sima en que desde muy joven se sepultara, renegando del mundo y de la falsedad de los hombres.

Contrista leer los versos de este poeta por el acíbar que manan, por el dolor intensísimo que demuestran.

Coplero á quien inspira el desencanto,
trovador sin futuro y sin amores,
sobre la tumba de mis sueños canto
al colocar mi bácaro de flores.

Odia el mundo mi canto descreído,
el estigma social tiznó mi frente...
Cárabo del dolor, cada gemido
me concita el sarcasmo de la gente.

Sin luz el alma la ilusión desdenea,
el pesar no la irrita ni la abate,

y ni la frente envejecida sueña,
y ni el leproso corazón me late.

Repugna á todos mi fatal delirio,
repelen todos mi sufrir eterno,
que brilla en mi aureola de martirio
la fatídica llama del infierno.

Devorado por negra pesadumbre,
lanzo en vez de sollozos, carcajadas,
porque de infame crápula en la lumbre,
arrojé mis creencias adoradas.

En aras de la fe vertí mi llanto ;
perdida ya la fe busqué la orgía ;
pero el vicio acreció mi desencanto,
y el vicio, la virtud, todo me hastía.

Á mi gastado corazón de lodo
nada en fin, es capaz de conmoverlo,
y perezoso, indiferente á todo,
ni puedo ser feliz ni quiero serlo.

Mi vida ha sido decepción horrible ;
el mundo sin piedad ha envenenado
mi corazón que, un tiempo tan sensible,
no sufre al encontrar un desgraciado.

Y si me duelo del dolor ajeno,
mi risa burla ese dolor profundo,
que si á mi corazón queda algo bueno,
me da vergüenza que lo sepa el mundo !...

¿Fué acaso un mal hombre Plaza ? Nada de
eso. El poeta se calumnia allí en el delirio de

sus tormentos. Sufrió mucho porque nació
desequilibrado, con más sensibilidad que
juicio. Es el vivo ejemplo de tantos hombres
quiméricos, que viven sin darse cuenta de la
realidad, hasta que punzados por sus espinas,
vuélvense á ella y la apostrofan creyendo que
esa realidad, que ese orden natural de la vida,
es especial invención en contra suya, de un
cierto genio maléfico.

Por lo general, estos locos tienen ideas ar-
tísticas con que expresan la magnitud de sus
penas, haciendo dudar algunos del desequi-
librio mental de que son víctimas, por la
ingeniosidad, el colorido y la extrema belleza
de sus palabras.

¿No es loco Antonio Plaza á la manera de
estos últimos, cuando dice

Yo también la ilusión vestí de gala
del placer en los cármes risueños ;
yo también de Jacob fijé la escala
para subir al mundo de los sueños ?

Revelando el flaco de su naturaleza, — la
idealidad, — no sorprende que Plaza, cual
tantos hombres buenos haya caído en el in-

fierno desde el cual blasfemara con el impulso no dé la maldad sinó del despecho.

Los idealistas puros, están condenados á desesperarse en el mundo y á celebrar ¡oh sarcasmo! las más humillantes transacciones con la materia. Filósofos y poetas de compleción delicada, amantes de la perfección suma y de la belleza, presentan muchas veces el asqueroso aspecto de los mendigos. Sueñan con los esplendores del cielo y viven revolcándose en las pocilgas; predicán la generosidad, el amor á sus semejantes, y no obtienen por todas partes sinó la ingratitud y el desprecio.

¿Cómo no han de conocer estas almas la desesperación que rebosa en los versos de Antonio Plaza? Y luego, el contraste visible de la elevación moral con la bajeza, en los resultados! Quien adora las estrellas rueda en el lodo: quien comercia con el lodo se encumbra hasta las estrellas...

No hay, pues, por qué reprochar á Plaza estos versos, resumen de su muy amarga sabiduría:

Obra mucho y cierra el labio,
que llega á su fin más pronto
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio,

Es la corte cosa brava;
todos mal de todos piensan;
los enemigos comienzan
donde la nariz acaba.

Tú allí con muy buenos modos
sé expansivo, sé jovial;
de todos piensa muy mal,
pero habla muy bien de todos.

Que mascarada es completa
la corte que ves con asco,
y sufre allí más de un chasco
quien no toma su careta.

Allí es el afeite aseó;
sinceridad el cinismo,
la locura excentricismo,
la adulación galanteo.

Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama á la charla ciencia
se llama finanza al robo.

Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer.

Y magüer razon te sobre
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidad del pobre.

.

Es feliz quien por fortuna
mujer buena tiene Andrés,
pero más dichoso es
el que no tiene ninguna.

Amor es mentida flama,
la gratitud no parece :
sólo, Andrés, una madre ama,
y sólo un perro agradece.

Pero quien habla así, es porque ha procedido en el mundo, generalmente, de la manera contraria.

Los pícaros no tienen contra la gente honrada en desgracia, otro argumento que sus palabras arrancadas por la violencia del dolor como á los antiguos reos del *Santo Oficio*, la propia acusación en las vueltas del torniquete.

A los maldicientes se les condena en nombre de la moral ultrajada de viva voz. En cuanto á los que la ultrajan de hecho, ya es otra cosa : si guardar han sabido las apariencias, si á la villana acción acompañan el

discurso cristiano, la sonrisita devota ¿ cómo compararles á aquellos monstruos que reniegan á la manera de Antonio Plaza, que dicen mal de la sociedad pulquérrima de los hombres ?

Traicionándose alguna vez el poeta, dejando de ser blasfemo para convertirse en moralista, escribió este soneto modelo en su clase, y que con el lema de *Enseñanza superior*, ha dado la vuelta al mundo :

Muchachas sin camisa ni tomines,
concepciones de honrada figonera,
que no saben mover una tijera
ni remendar siquiera calcetines;

Pero armadas de lazos y botines
pretenden sacudir su pobre esfera
aprendiendo posturas de bolera
y á cantar como en ópera y maitines :

Luego que esas chicuelas relamidas
se conviertan en hembras pretenciosas,
primas donnas con puff, marisabidas,

Y nieguen á sus madres haraposas,
para los ricos sobrarán queridas,
para los pobres faltarán esposas.

Poco tiempo antes de morir Antonio Plaza—
cuando agobiado por sus males de todo gé-

nero caminaba al sepulcro sin conocer lo que un católico de buena fe llamaría *arrepentimiento*, escribía los catorce renglones siguientes, que compendian la historia del hombre en perpetua lid con sus semejantes :

Me hizo nacer la suerte maldecida,
de sombra y luz conjunto inexplicable;
que, oculta en mi corteza despreciable,
arde una alma grandiosa y descreída.

Llevo en mi frente, do la audacia anida,
un mundo de ilusiones impalpable;
soy, en fin, un misterio impenetrable
que me agito en el sueño de la vida.

Por el cielo á sufrir predestinado,
me llena el mundo de ponzoña y duelo;
mas yo siempre orgulloso y resignado,

Contra mi propia pena me rebelo,
y en cada golpe, al mundo malhadado
doy mi desprecio y mi perdón al cielo.

Perdonar al cielo!... Hé allí la expresión de un orgullo gigantesco, verdaderamente satánico. No ha tenido el Dante frase de mayor sublimidad en sus réprobos. Tanta arrogancia en un sér oprimido es digna de admiración, porque mucho de heroico tiene la persistencia hasta el borde de la tumba, en cier-

tas ideas cuyo simple abandono significa para los hombres como Plaza, un cambio rápido de fortuna.

Los claudicantes de toda escuela, obtienen favores de aquellos que ven un triunfo para su causa en ciertas claudicaciones. Y es lo más vulgar en el mundo, ver á los talentos rebeldes en un principio, doblegarse ante el chicote de la miseria, buscando tardíamente un puesto humildísimo entre las propias filas que combatieron. Pero, Plaza el poeta, solo, descalzo, enfermo, sintiendo todos los rigores del hambre, no imita al *Tasso*: él no reclama piedad de los fuertes dulcificando su lira ni reniega de su pasado implorando misericordia. Parado allí, en medio del arroyo, no se cuida del barro que le salpica ni de los insultos que le descargan, sino de que no le vean agachar la cabeza, porque ¿para qué negarlo? hay elevación de carácter hasta en el vicio.

Yo conocí un borracho á quien nunca pude mirar con el desprecio que á los demás. Era un hombre taciturno, que paseaba su beodez por las calles de Lima sin lanzar un término descompuesto, sin importunar á nadie con la

solicitud de una copa. Con el sombrero hundido hasta las cejas y las manos en los bolsillos, solía permanecer apoyado contra una esquina, dos y tres horas mirando á los que pasaban con indefinible expresión de lástima.

¿Qué había en ese desgraciado para que le contemplase yo con respeto?

Un día se le encontró moribundo en el zaguán de una casa. El dueño de ella, malhumorado le preguntó por su domicilio.

—“Perdone Vd. la molestia,—dijo el borracho;—no me ha alcanzado la fuerza para llegar con mis propios pasos al cementerio”... Murió allí mismo, y supe después, que ese hombre había nacido en la mayor opulencia; que abandonado por la fortuna no quiso merecer favores de nadie y que toda la altivez de su corazón en los postreros instantes, se había revelado en esa frase tan cortés y tan amarga de: *perdone Vd. la molestia!*

Como poeta, Plaza, es una personalidad distinguida. Muy lejos estuvo de ser un cómico del dolor, uno de aquellos planideros de oficio que contrastan con sus versos por el buen humor y la porcina obesidad, extra-

ños al sufrimiento. La atrabilis de este poeta, dió á casi todas sus composiciones el sombrío tinte que las denuncia al observador, como productos morbíficos, dignos siempre de admiración por el atrevimiento de las ideas, la turgencia de la forma y nunca desmentida energía de sentimientos.

José Ignacio Rosas Moreno, al revés de Plaza, fué de un carácter benévolo y sumiso á los contratiempos de la fortuna. Dedicado á la enseñanza, en comunicación diaria con los niños, su pluma ha estado muchos años á servicio de la escuela y por lo mismo tal vez no se conocen de él tempestuosos arranques, ni imprecaciones en verso cual las del poeta que le antecede. Gran estilista, pulcro en la forma y concienzudo maestro en el arte de escribir, pasa en México entre el contado número de los clásicos.

Rosas Moreno, autor dramático también, conquistó en el teatro aplausos muy merecidos; pero nada ha elevado tanto su nombre como las fábulas que publicó en 1864 y que han merecido el raro honor de ser traducidas al inglés. Como poeta es sentimental y dan

una idea de su estro favorito las siguientes estancias :

Es la existencia un cielo
cuando el alma soñando embelesada
con amoroso anhelo,
en los ángeles fija su mirada.

¡ Feliz el alma que á la tierra olvida
para vivir gozando !
¡ Quién pudiera olvidarse de la vida !
¡ Quién pudiera vivir siempre soñando !

En esta estrecha y mísera morada,
es un sueño engañoso la alegría;
la gloria es humo y nada,
y el más ardiente amor gloria de un día.

Afán eterno el corazón destroza
cuando los sueños ¡ ay ! nos van dejando.
Sólo el que sueña goza...
¡ Quién pudiera vivir siempre soñando !

El nombre de este poeta es digno de recordación ante todo, por su consagración á la infancia. Militó entre los obreros infatigables que han instruido á la juventud mexicana de hoy, no sólo con la palabra sino con el ejemplo. Fué grande y fué modesto. Jamás se sintió tentado por la ambición de lucro, y prefirió volver tristemente á la ciudad donde na-

ciera, para morir allí, abandonando las esferas políticas en que alguna vez le lanzaran, antes que renunciar á su libertad de acción y adquirir compromisos ingratos á su naturaleza sencilla y buena, por decir lo menos en honor de este hombre á quien muchos escritores y poetas de la actualidad deben la formación de su gusto desde la escuela.

Agustín F. Cuenca es otro ingenio desaparecido tempranamente, como los anteriores, dejando un surco profundo en la literatura nacional de México. Íntimo amigo de Acuña y su compañero de estudios, logró recibirse de médico algunos años después del suicidio de éste, aunque no debía sobrevivirle por largo tiempo. El germen de una dolencia mortal que acabó con él á los treinta y cuatro años, no emponzoñó sin embargo las producciones de su numen exuberante. Nada se adivina en los versos de este poeta que acuse una enfermedad del alma derivada de la del cuerpo, como ha acontecido con otros bardos de igual talento y mucha menos resignación.

Nadie ha traducido á *Stecchetti*, con la precisión y la verdad que lo hizo Agustín F.

Cuenca. Así lo acreditan estas estrofas que se hallan á la altura del conocido texto italiano:

Del sol naciente á las primeras luces,
sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
mi tumba buscarás entre las cruces
del mudo y solitario camposanto.

Búscala entre la yerba enmarañada,
donde á los brazos de la cruz musgosa
se enreda la campánula morada
y trepa el tallo de la blanca rosa.

De mi pecho esas flores han brotado
y morir en el tuyo han de pedirte,
que son los versos que pensé á tu lado
y las ternezas que olvidé decirte.

Cuenca ha dejado viuda á Laura Méndez, insigne poetisa que vive hoy en California dirigiendo un colegio de señoritas. De ella, en lugar oportuno, reproduciré una composición poética admirable y que le ha valido grandes aplausos.

Pareja interesante fué aquella, rota por la muerte en 1884.

Laura Méndez de Cuenca, noble mujer que

se busca hoy animosamente el pan en territorio extranjero, debe recordar con frecuencia estas quintillas, obra de su esposo y que á nadie corresponden mejor que á ella en la afanosa vida que lleva:

Sentir, amar, padecer...
arte y victoria á la par
en vago sueño entrever...
Batallar para vencer
y vencer para llorar;

Ser envidia y desamor;
queja de alma apasionada;
lágrima y voz de dolor,
y el infierno del rencor
encender en la mirada;

Ser caricia y golpe aleve,
súplica y marcial arrojo,
valor que á todo se atreve;
la piedad que se conmueve,
la vergüenza y su sonrojo;

Ser amante galanteo
que en la reja solitaria
sopla el fuego del deseo;
en el salón devaneo
y en el santuario plegaria;

Dar arranque al sentimiento,
dar impulso á la pasión,

esplendor al pensamiento,
sombras al remordimiento,
borrascas al corazón,

Es ser poeta... es llorar !
es ser artista... es sufrir !
nacer y no despertar,
y soñar, siempre soñar
la visión del porvenir.

A Manuel M. Flores, al eterno cantor de la hermosura, difícil es todavía arrebatarle el puesto que le han otorgado los mexicanos, de primer bardo erótico en la República.

Ciertamente que Flores vivió y murió cantando á la mujer en todos los tonos; que nadie como él ha derramado tan odoríferas esencias en el cabello de sus queridas; que tuvo notas dulcísimas para hacerse perdonar la inconstancia con ellas; que fué en un tiempo el bardo preferido de los amantes, y que algunos de sus versos han alcanzado triunfos desconocidos para la mayoría de los poetas; pero, es cierto también, que gran parte de sus amatorias, como esas reinas del jardín, como esas flores bellas que á todas supeditaron en color y fragancia un día, van

de tarde en tarde palideciendo, y no tardarán en caer desechas para servir de abono á otras plantas.

¿Puede negarse á Flores, sin embargo, el valor real que ha tenido y lo que aún tiene de grandísimo mérito en sus trabajos? Sería esto una injusticia evidente.

La poesía de Flores que palidece, la que abonará muy pronto la tierra, es esa poesía fútil, amorosa, en que tanto abunda y que no parece escrita sino para deleitar los oídos de casquivanas mujeres, pues casi toda esa poesía del mismo asunto y empaste, muy lejos está de compararse á aquella otra en que Flores se nos revela como un artista de primer orden, grandilocuente, inspirado.

Eva, el mejor canto de Flores, no morirá por cierto. En ella ha gastado el poeta los tesoros de su imaginación. Para cumplimentar á las que no fueron reinas del Paraíso, ha quedado pobre. Tuvo que apelar con frecuencia al vidrio y las joyas falsas, en multitud de sus composiciones posteriores á *Eva*, porque diamantes y rubies como los empleados en engalanar á la madre del gé-

nero humano, son imposibles de conseguir á cada momento.

Eva es una composición bien larga y para su mejor estudio iré aquí fraccionándola.

Era la sexta aurora. Todavía el ámbito profundo del éter, el *Fiat-lux* estremecía; era el sereno despertar del mundo del tiempo en la niñez.

Amanecía,
y del Creador la mano soberana ceñía con gasas de topacio y rosa, como la casta frente de una esposa, la frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera las olas de oro de la luz primera, y levantando púdica su velo Primavera gentil, rica de galas iba en los campos vírgenes del suelo regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito dejando acariciar por los celajes dispersos en el éter infinito, en campos desplegaba de esmeralda la exuberante falda de sus bosques tranquilos y salvajes. Y cortinas de móviles follajes, cascada de verdura

cayendo en los barrancos,
daban sombra y freseura á grutas que fragantes tapizaban rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día, poblaba su arboleda de rumores; el agua alegre y juguetona huía entre cañas y juncos tembladores. El ángel de la niebla sacudía las gotas de sus alas en las flores, y flotaba la aurora en el espacio envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra como una virgen bajo el casto velo, y el regio sol al sorprenderla amante, para besarla, iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas de los ríos, las fuentes y los mares en un coro inefable preludiaban un ritmo del Cantar de los Cantares. El incienso sagrado del perfume exhalado de todas las corolas, flotaba derramando en los cefiros que al rumor de sus alas ensayaban un concierto de besos y suspiros; y cuantas aves de canoro acento se pierden en las diáfanas regiones, inundaban de músicas el viento desatando el raudal de sus canciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza

del caos al salir aun deslumbrada,
ebria de juventud y de belleza,
virginal y sagrada,
velándose en misterio y poesía,
sobre el tálamo en rocas de la tierra
al hombre se ofrecía.

¡ El Hombre ! . . . Allá en el fondo
más secreto del bosque, do la sombra
era más tibia del gentil palmero,
y más mullida la musgosa alfombra
y más rico y fragante el limonero;
donde más lindas se tupían las flores
y llevaba la brisa más aromas,
la fuente más rumores,
y trinaban mejor los ruiseñores,
y lloraban más dulce las palomas;
do más bellos tendía
sus velos el crepúsculo indeciso,
allí el Hombre dormía;
aquél era su hogar, el Paraíso.

Hasta aquí la decoración no deja que de-
sear por la magnificencia de su pintura. Es-
te Paraíso de Flores es sin embargo la copia
fiel de un valle del trópico, y no ha necesita-
do el poeta, como se comprende, de una abs-
tracción violenta para reproducirlo en la te-
la. El sensualismo del arte palpita en esos
renglones. Difícil es no sentir el embria-

gante perfume de nuestras selvas en tan
hermoso cuadro robado á la misma natura-
leza en el abandono de sus encantos. Y hay
resplandores divinos en este cuadro, porque
es divina también la musa que ardiente de
inspiración oficia allí, en el santuario de los
bosques vírgenes.

Pero, ¡qué pasaje tan triste sigue á los an-
teriores versos!

El mundo inmaculado
se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba á lo creado
y veía que era bueno.

¿Puede darse algo más prosaico, más ñoño
y cuanto se quiera?

Esa frase tan desgraciada de la Biblia que
representa á Dios como á un artesano embo-
bado en la contemplación de su obra, tiene
por fuerza en poesía, un valor paupérrimo.
Agrégase á lo ruin del concepto un defecto de
prosodia que crispera los nervios: las siné-
sis de *creado* y *veía* en dos heptasilabos inme-
diatos.

El poeta ha tropezado, es verdad, pero no